

ANÓNIMO

ADORACION DE LOS REYES (1587?)
(AUTO EN LENGUA NAHUATL)

Traducido por FRANCISCO DEL PASO Y TRONCOSO,

ADORACION DE LOS REYES

PERSONAJES:

Personajes que no hablan

EL NIÑO DIOS.

LA VIRGEN MARÍA.

SEÑOR SAN JOSÉ.

Personajes que hablan

GASPAR

MELCHOR

BALTASAR

SU MENSAJERO.

UN ANGEL.

EL REY HERODES.

SU MAYORDOMO.

TRES SACERDOTES DE LOS JUDÍOS.

Aquí tiene principio la historia de los tres Señores Reyes: cómo fueron a saludar al preciado y glorioso Niño divino, Hijo de Dios, nuestro Señor Jesucristo. De allá, del Oriente, de donde nace el sol partieron hacia acá. Y aquí comienza su representación: cómo aconteció la venida de los tres Reyes, Los conducía su mensajero, su guía y la estrella que los guiaba en el cielo. Y cuando llegaron los tres Señores Reyes al valle que está junto a la ciudad de Herodes, la estrella se escondió y luego allí hablaron así:

GASPAR

Hace rato que estoy observando que ya no se ve la preciosa Estrella, nuestra maravillosa guía, que hasta ahora nos condujera; así, pues, considero y pienso que ya estamos llegando al lugar donde tuvo a bien nacer el maravilloso Niño que buscamos. Es cierto que esta es la

ciudad de Jerusalén, pero la verdad es que ya dudo si encontraremos lo que buscamos. Tú, ven acá, ¡oh nuestro servidor! Ve, entra en la ciudad de Jerusalén y dile a Herodes, declárale, que vinimos hacia acá desde el Oriente y que besamos cuatrocientas veces sus manos y pies; que nos dé su real permiso para que podamos, como es nuestro anhelo, ir a verle. Que aquí, en el valle de su ciudad de Jerusalén, esperamos el permiso real para poder ir allá y manifestarle cuál es nuestro empeño.

MENSAJERO

Ponga yo por obra vuestro real mandato. Haga yo lo que vosotros me ordenéis, pues la verdad es que soy vuestro esclavo. (Irá a la casa de Herodes, saludará al Mayordomo y le dirá:) ¡Oh señor! ¡Fortalézcante los dioses! ¡Buscaste la vida con trabajo! Sabe que, de cierto, soy servidor de los tres Señores Reyes.

MAYORDOMO

¡Ven aquí, oh amigo mío! Que es muy grande tu angustia, bien se descubre en tu cara.

MENSAJERO

¡Oh señor, oh gran señor! ¡Que los dioses te den fuerza! ¡Buscaste la vida con trabajo! Vos sabes que vine acá de allá, del Oriente, y, en verdad os digo, allá está mi morada, en un lugar llamado Persia. A tres grandes señores conduje y llegamos aquí, a tu gran comarca real. Pues bien, condúceme a la presencia de tu gran monarca Herodes, puesto que por encargo de mis nobles señores vine a saludarlo.

MAYORDOMO

Bien está, ¡oh amigo mío! Ahora, espérame aquí un momento hasta que yo vea, hasta que hable con el gran rey Herodes. (Al punto irá a la presencia de Herodes; se quitará el sombrero, tres veces hará una reverencia, y luego dirá:) ¡Oh señor!, ¡oh gran señor!, ¡oh rey! Ya, por dondequiera llega, se manifiesta y resuena bien tu fama, tu gloria, tu omnipotencia. Todas las gentes del mundo: caballeros, nobles, príncipes, te respetan y te honran. Sabe, pues, por medio de nosotros, qué gran milagro se dignó hacer nuestro Dios, nuestro Señor. Aquí, a tu casa palaciega, a tu casa real, vino un mensajero de los tres señores Reyes, que salieron desde muy lejos y partieron hacia acá. De verdad, ninguna ha venido así antes acá, a tu metrópoli. Cierto que es el primero que así llega, con su lenguaje, su cuerpo y su cara. En verdad estoy dudando si será idólatra. Pues bien, ante tu presencia quiero hablar: allá, en la puerta, espera tu real mandato. ¿Por ventura permites que lo llame, podrá entrar ante tu presencia y comparecer ante ti?

HERODES

Gran augurio, gran prodigio es el que me manifiestas. Que entre y a mi presencia comparezca, para que yo sepa de dónde partió y lo que quiere.

(Bajará el MAYORDOMO y hablará de nuevo con el MENSAJERO.)

MAYORDOMO

Ten la bondad de entrar, ¡oh amigo mío!, que te llama el rey Herodes.

MENSAJERO

Bien está, ¡ oh amigo mío! (En presencia de Herodes se postra de rodillas.) ¡Oh señor!, ¡ oh gran señor! Dame a besar tus manos y tus pies; a mí, tu siervo. (En tanto se levanta Herodes y vuelve a sentarse.) Pasas con trabajo la vida, ¡oh noble!, ¡oh gran señor!, ¡oh príncipe!, ¡oh Herodes! ¡Fortalézcate los dioses! Has de saber que se dignaron enviarme acá los tres señores y caballeros que aquí, al valle cercano a tu ciudad, llegaron, y allá me esperan. Vinieron acá desde muy lejos, de allá del Oriente, me mandan a besar cuatrocientas veces tus manos y tus pies, me mandan te ruegue con mucha humildad que les des tu real permiso para que ante tu presencia comparezcan y te vengan a dar la noticia de lo que constituye su anhelo.

HERODES

¡Oh amigo mío que aquí viniste! ¡Fortalézcate nuestro Señor Dios! Dirás a tus superiores, a tus señores, a tus reyes, que cuatrocientas veces agradezco su real y distinguido afecto con que vinieron a honrar mi ciudad, mi morada, el interior de mi casa. Que aquí se dignen venir, que pueda ver yo sus nobles rostros y sepa lo que constituye su anhelo. De verdad los espero.

MENSAJERO

Bien está, ¡oh gran señor!, ¡oh amo mío!
(Al punto llamará Herodes a sus caballeros.)

HERODES

Pues vosotros, ¡oh señores, caballeros, príncipes!, id a encontrar a los Reyes y saludadlos. Que se toque y se baile. Engalanadlos con flores, honradlos. Ciertamente que aquí los espero.

(Al punto irá el Mensajero a llamar a los señores Reyes al valle cercano a la ciudad.)

MENSAJERO

Fui a donde vosotros me mandasteis. En presencia de Herodes, gran príncipe, gran señor, fui a comparecer, y de verdad mucho agradece vuestra cortesía. Ciertamente se dignó decir: "Que acá entren, que lleguen, que vengan a descansar en el interior de mi casa; que cuanto es de mi propiedad y de mi hacienda, todo es propiedad suya, todo a ellos les corresponde."

(Caminarán un poco los señores Reyes, bajarán de sus caballos. Se tocará música de viento. Los engalanarán con flores. Herodes bajará a saludarlos, cuando esté en su presencia, hará una reverencia y dirá:)

HERODES

Pasasteis trabajos cuando llegasteis, cuando acá vinisteis, oh vosotros!, dignos de ser honrados; vosotros príncipes, vosotros reyes. Que os fortalezca Dios, el gran gobernador nuestro Señor Dios. ¿Por ventura os esfuerza un poco El Que está junto, El Que está cerca de todas las cosas?

MELCHOR

Ten ánimo, ¡oh señor!, ¡oh gran príncipe!, ¡oh Herodes! De verdad nos honramos con el afecto que de tu corazón emana, ciertamente somos tus servidores, tus vasallos; cierto hemos recibido de ti algún ánimo; cierto repetidamente besamos tus nobles manos y pies.

HERODES

Dignaos subir a vuestra morada, a vuestra ciudad; dignaos entrar y servíos de comer, pues de verdad es esta vuestra casa, donde habéis llegado. (Entrarán los Reyes, descansarán y les harán muchos honores.) Decid vosotros, ¡oh príncipes!, ¡oh señores!, muy dignos de ser honrados, ¡oh caballeros! ¿Por qué de allá vinisteis acá? Recibo mucha honra con vuestra cortesía.

MELCHOR

Cierto, mucho alcanzamos, mucho bien nos hiciste, ¡oh señor!, ¡oh gran señor!, ¡oh Herodes!, pues la verdad es que tú eres noble, que tú eres rey, que te dignas honrar a tus tíos. Pues has de saber que hace ya mucho tiempo que nuestros abuelos los viejos, los antiguos, conservaron en sus manos, hace ya mucho tiempo también que los grandes sabios dejaron por herencia una profecía, y el nombre del profeta era Balam, y se dignó decir: "Del patriarca Jacob nacerá una maravillosa estrella, de Israel subirá, se levantará, crecerá un noble, un gran señor que dañará, castigará a los gobernantes de Moab y destruirá enteramente a los hijos de Seth." Y la profecía en realidad, de verdad, la comunicaron los viejos, nuestros abuelos, a fin de que pudiesen esperar al noble, al gran señor y a su estrella. Para que se supiera y fuese honrado cuando viniese a llegar o aparecer el presagio, la señal o estrella en el cielo, instituyeron nuestros abuelos a doce sabios ancianos sobre la cumbre de la montaña para que estuvieran constantemente inspeccionando el Oriente, y estuvieran viendo cuándo habría de ser admirada la maravillosa estrella. Pues actualmente ya se cumplen 1600 años desde que la esperan; sin cesar en lo alto de la montaña se observaba y hace ya varios días, ahora que lo permitió Aquel por quien todos viven, El Que está junto, El Que está cerca de todos los seres, nuestro Señor. A medianoche, cuando todos estaban durmiendo en la ciudad, los doce viejos vieron una estrella muy digna de admiración: resplandecía mucho la estrella y se aventajaba enteramente al Sol: por todas partes despidió claridad, echaba rayos y un prodigio grandísimo en el interior de la estrella. Vieron que estaba un maravilloso, bello y muy codiciable Niño; dentro estaba, y al punto a mi casa llegaron, corrieron los mensajeros; me fueron a despertar y a los que también allí estaban los señores, los nobles que cerca de mí estaban me vinieron a saludar, pues al punto los llamé, los desperté: vimos la estrella y el portentoso Niño Dios, de verdad, nos enamoró. Ciertamente, al punto nos concertamos, nos convidamos, nos ataviamos, hicimos provisión y de camino luego nos partimos para buscar al Niño, y la prodigiosa estrella, cierto, al punto hacia acá nos guió; hacia acá la fuimos viendo y aquí vinimos. Cuando al llegar a tu ciudad de Jerusalén perdimos a nuestro maravilloso guía, porque ya no lo vemos, y, a causa de esto, ahora hemos pensado si aquí, en tu metrópoli, descubriremos lo que buscamos. Cuatrocientas veces, ¡oh príncipe!, ¡oh señor!, ¡oh Herodes!, de verdad te rogamos que nos digas dónde se sirvió nacer, dónde se digna estar el Rey de los judíos. Ciertamente

que así es. Vimos allá, en el Oriente, su estrella y ciertamente vinimos. Vinimos a adorarlo, delante de El vinimos a humillarnos; vinimos a reverenciarlo.

HERODES

¡Oh gran señor! ¿Acaso desatinas? ¿Qué expresas? ¿Quién es el gobernador, quién es el rey de los judíos, sino yo? Me hizo merced del señorío el Emperador de Roma, César Augusto. ¿Acaso no es este mi dominio, mi propiedad? ¿Por ventura no soy gran señor?, ¿no reino? ¿Acaso ya perecí, ya morí, ya me acabé? ¿Por ventura no vivo ya? ¿No soy Herodes? ¿No soy señor? ¿Quién reina sobre mí? Al punto, que sin demora vengan a declararme los principales de mis judíos: mis sacerdotes, los sabios, los que tienen libros (o adivinos), los nobles espirituales, los preladados; que me vengan a declarar qué estrella, qué niño, qué gran Señor es del que hablan los señores Reyes. ¡Pronto, que ya quiero morir, ya me desmayo! ¡Guay! ¡Pobre de mí! ¡Ay, ay, ay!

MAYORDOMO

Bien está, ¡oh gran señor! Llamarlos he, no te aflijas (Luego partirá e irá a llamar a los Sacerdotes.) De verdad viene ya, ¡oh gran señor! No nos turbemos o perdamos todos nosotros tus siervos, tus vasallos, los Jerosolimitanos.

SACERDOTE 1.º

Que te fortalezca el único Dios verdadero, el Dios que gobierna, ¡oh señor!, ¡oh gran señor!, ¡oh Herodes ! Cierto, ves delante de ti a nosotros tus siervos. Regocíjate, goza y consuélate. De verdad, es evidente que te esfuerza o proteja nuestro Señor Dios. Danos tus manos y pies para que los besemos. ¿Qué deseas? Oigámoste para que te obedezcamos.

HERODES

¡Oh vosotros! Judíos, príncipes de los sacerdotes, sabios, adivinos (o dueños de libros). Cuatrocientas veces desatináis y os burláis de los demás. Con exceso los andáis engañando. Ya no conocéis la palabra de la verdad ni sois dignos de respeto. ¿Acaso no os estoy diciendo constantemente que soy vuestro príncipe? ¡Bien me amáis! ¡Cuán bien mentís! Ciertamente los tres señores Reyes llegaron, partieron hacia acá de allá, de Oriente, donde está su morada. A media noche vieron allá la estrella. Dicen que quiere decir la estrella, que el Rey de los judíos de verdad nació ya. ¿Quién es el niño, quién el gran señor que sobre mí reinará? ¡Prontamente declarádmelo! ¿Por ventura no visteis la nueva estrella? ¿Acaso noche tras noche dormís? ¡Dormilones, perezosos, marranos! ¿Acaso no rezáis maitines a medianoche? ¡Judiazos, hijos del diablo! Prontamente inquirid, satisfacedme, no sea que os destruya de! todo, ¡oh bellacos!

SACERDOTE 2.º

¡No te enojas, oh señor nuestro! ¿Qué provecho se consigue? No está en nuestra competencia, no es culpa nuestra lo que acontece. Has de saber que nuestro Señor nos prometió que, aquí, sobre la Tierra, nos daría en algún tiempo al Hijo de Dios; que se dignará enviarlo acá, que por causa de nosotros se serviría venir ¿por ventura nosotros le Ciertamente que fue profecía: disponerlo nuestro Señor a encarnar. Y si ya se dignó llegar, arrancaríamos Su divina voluntad? tuvo a bien manifestarlo, se dignó Dios.

HERODES

Buscad, ¡oh bellacos!, en los libros divinos dónde vuestro Señor. Estará en todos ellos.

SACERDOTE 1.º

Id a tomar el libro divino. Busquemos. ¡Ilumínenos Dios! ¿Quién tiene los informes del Niño? Con esto se tranquilizará nuestro gran rey Herodes.

SACERDOTE 3.º

Cierto aquí está. Busquemos. ¡Ilumínenos el Señor! (Buscarán en el libro divino los Sacerdotes judíos.)

SACERDOTE 1.º

¡Oh señor!, ¡oh Herodes! De verdad lo dice aquí el libro del Profeta Isaías: "De su raíz se formará enteramente, nacerá, se criará un hombre, generoso caballero, y nacerá, brotará, una maravillosa flor. Por esta causa se manifestará ciertamente como noble y señor: de su linaje de David nacerá, y a él pertenecerá."

HERODES

Ya lo sé, bellacos; tú, hombrezuelo de nada, que ha de pertenecer al linaje de David. ¿Dónde ha de nacer, en qué pueblo? ¡Pronto buscad, declarádmelo, no sea que os chamusque, os desuelle y os convierta en chicharrones, Judiazos!

SACERDOTE 3.º

Nuestro Señor Dios nos favorezca, que nos maltrata el Rey. Está bien enojado. Ahora nos chamuscará, nos hará chicharrones.

SACERDOTE 2.º

¡Oh tú, estimado Señor, muy digno de todo bien! ¡Oh tú, Herodes! He aquí lo que dice el Profeta, el sublime Profeta Mikeas en un capítulo: "Y tú, Belén; tú, sobre la tierra de Judá, cierto que no eres pequeña entre las cosas excelentes de los señores de Judá. Bien saldrá de ti el gobernante, jefe, señor, el que espiritualmente gobierne al pueblo de Israel. Por tanto, se manifestará la persona real que allá nació en Belén, en la tierra de Judá. Que allá lo vayan a buscar si tú lo deseas.

HERODES

¡En Belén! ¡Buscad, bellacos! ¡Ahora os chamuscaré! ¿Cómo nada me dijisteis? ¡Marranos, hijos del diablo! (Otra vez abren repetidamente allí el libro divino. Luego también correrá o afrentará Herodes a los Sacerdotes judíos.) Apartaos pronto de mí, fuera. Les hablaré a los Señores Reyes. (Saldrán los Sacerdotes, y Herodes se volverá hacia los Señores Reyes. Muy humilde.) Sois muy dignos de ser honrados, vosotros príncipes, vosotros señores. Perdonadme si me enojé un poquillo delante de vosotros con ellos, con mis principales, porque no me declararon cómo prodigiosamente acontecería lo que ha pasado. Y ahora, de verdad, os ruego muchísimo que me digáis cuánto tiempo hace ya que apareció la estrella que se vio allá, en vuestro país. ¿Cuándo la visteis? Os ruego mucho que de verdad me lo digáis.

GASPAR

¡Oh príncipe y señor mío! ¡Oh tú, estimado señor ! ¡Oh Herodes! Dígnate saber que no te disgustaremos. No te enojés por nosotros. Ciertamente admiramos ya tu cortesía y no te mentimos; que muy digno eres, ¡oh señor!, de ser honrado. Sírvete saber que han pasado ya trece días desde que vimos, allá en el Oriente, una maravillosa estrella. No hace, por tanto, mucho tiempo que vinimos hacia acá, viéndola. Y ahora, en la madrugada, perdimos a nuestro maravilloso guía, ¡oh Herodes! , cuatrocientas veces príncipe, cuando llegamos aquí, a la entrada de tu ciudad de Jerusalén.

HERODES

¡Oh príncipe y señores! Me habéis favorecido; quedó aquí vuestro corazón. Ahora, dignaos ir allá, a la ciudad de Belén, que no queda lejos. Está solo aquí, junto a Jerusalén. Que os vaya muy bien con el Niño, y cuando lo veáis, decídmelo prontamente, para que vaya también yo a saludar y adorar al Dios, al Príncipe: iré a tomarlo por Señor. Dignaos ir allá.

BALTASAR

Que acompañe a tu amada persona la vida sosegada y que te fortalezca El Que está junto, cerca de todos los seres, Aquel por quien se vive, nuestro Señor Dios. ¡Oh mi señor! ¡Oh príncipe! ¡Oh Rey! ¡Oh gran señor! De verdad besamos tus manos y pies: cierto, ya vamos a irnos, ¡oh Rey! ¡Oh príncipe mío! (Al punto Herodes irá a dejar a los Señores Reyes abajo, a la acera de su casa, y luego irán a la iglesia, y frente a la iglesia se les aparecerá la estrella en el arco del pórtico. Al punto hablará Baltasar: tendrá por buen augurio a la estrella. Dirá:) ¡Oh! Dignaos ver, queridos amigos míos, a la que hacia acá nos conducía, nuestro maravilloso guía, la milagrosa estrella de verdad; ya nuevamente nos va guiando. ¡Oh! Dignaos verla, queridos y estimados amigos míos.

MELCHOR

Regocijémonos mucho con este motivo: porque ciertamente ya descubrimos y tuvo a bien aparecérsenos El Que está junto, cerca de todos los seres. Aquel por quien se vive. Nuestro maravilloso guía, como vino derecho por su camino, ya se yergue, ya se detiene: sobre una pobre cabaña se levantó, se paró; sobre ella se bajó. Y esto ¿qué quiere decir? ¿Por ventura no querría descender sobre un gran palacio, aquí, a la entrada de la ciudad? (Al Mensajero:) Ve tú. ¡Oh servidor nuestro!, entra, mira, examina qué milagro allí guarda nuestro Señor, nuestro gran Señor.

MENSAJERO

Bien está, ¡oh señores!; ante todo, entre yo y vea yo. (Entrará en la iglesia e irá a ver. Saldrá de nuevo y dirá esta oración:) Vosotros, ¡oh señores!, ¡oh reyes! Ciertamente hice lo que me mandasteis, y fui a ver. Pues de verdad, nada hubiere visto así como eso, nada semejante podría igualar. Cuando entré y observé, había ciertamente muchísima claridad, exactamente como cuando ya sale hacia acá la luz: el resplandor de los rayos del sol estaba esparciéndose por donde quiera y vi a una maravillosa, bella y sacratísima Virgen cargando a un precioso, reverente y bendito Niño, y junto a Ella estaba un hombre anciano, y estaban rodeándolos primorosos niños con alas, y allí cerca de ellos estaban

dos cuadrúpedos y la Señora celestial y hermosa. Ciertamente, se aventajaba a toda la diversidad de vistosas flores: las cenicientas, las amarillas, las bellas flores moradas matizadas; así es, a toda la diversidad de flores hermosas parecidas a las plumas bermejas que allá estaban esparciéndose. Y al hermosísimo, resplandeciente, bondadoso y muy primoroso rostro del precioso Niño, de verdad es enteramente gracioso y su bellísima y perfecta cabellera, como el oro cuando resplandece o como la nieve cuando está limpia; y, cierto, el sitio donde nació es muy decente: nació el primoroso Niño Dios en una cabaña. Vayamos, pues, ¡oh señores! ; vayamos a saludarlo, a reverenciarlo, a humillarnos y a inclinarnos en su presencia, ¡oh Señores!

MELCHOR

Que sea por siempre alabado nuestro admirable Dios, nuestro Señor Dios, que nos descubrió ya lo que buscábamos. Entremos, ¡oh Señores!, y amigos míos. Vayamos a adorarlo, a humillarnos en su presencia. Vayamos a hacerle ofrenda de algo.

(Se apearán los Señores Reyes de sus caballos. Entrarán en la iglesia, se humillarán mucho; caminarán como Señores, irán a ponerse de rodillas al pie del altar, donde se dice Misa, y después del Evangelio, cuando se acaba el Credo, saludarán reverentemente al primoroso Niño Dios, cada uno por sí, con oraciones.)

GASPAR

¡Oh noble! ¡Oh Señor nuestro! ¡Oh piedra preciosa! ¡Oh pluma rica! ¡Oh fina turquesa! ¡Oh ajorca! Ciertamente, ya tuviste a bien venir a sentarte acá; se dignó darte asiento acá nuestro amado Padre Dios, El Que está junto, cerca de todos los seres, Aquel por quien se vive. Partieron ya ciertamente, fueron a reposar los que te esperaban y tus antepasados: los Profetas, los Patriarcas. Días ha que habrán ido a saber allá el noble Señor David y el noble Señor Abraham. Dejaron acabado, dejaron enhiesto el cacaxtle para disponer la carga, el hacha para cortar, el aparato para cargar, muy pesado, para que no hubiera levantamiento, para que no pudieran tener contiendas. ¿Es posible que alguno todavía visite, que vaya a ver detrás de ellos, a sus espaldas o siguiendo sus pisadas? ¿Es posible que visite sus casas y moradas después que tú estás o existes, después que se hace sombra? ¿Es posible que todavía visite algún bosque o prado cuando se vaya enteramente despensando el hacha, el aparato para cargar? Pues así es, que ya el mundo no tiene madre, para cargar? Pues así es, que ya el mundo no tiene madre, padre, siervos ni vasallos; ya no tiene ojos ni oídos; está en pie como mudo: no vocea, no habla; está como degollado. Aquí ya no está su cabeza: acontece que va caminando ahora de nariz o de punta. ¡Oh mi Dios! ¡Oh mi Señor! ¡Oh Tú primoroso Niño Dios! De verdad Tú se lo presentarás, en tu mano se pondrá el tributo que se da a tu amado y reverenciado Padre Dios y ciertamente declaro en presencia tuya que en todo el tiempo pasado vivía yo en mansión de tinieblas, en noche muy oscura; pues así es, no te conocía yo, y ahora de verdad, alumbraste mi espíritu, mi alma, y a todos los que dentro del cielo están echados y a tus criaturas los viniste a alumbrar. Pues ¡oh Dios mío! es cierto, mucho te ruego que benévolamente aceptes mi espíritu, mi alma y mi vida, para que se pueda verificar que te hago ofrenda de este copal llamado Incienso. Dígnate aceptarlo con bondad, ¡oh mi Dios! ¡Oh Señor mío! (Se pondrá de rodillas. Le hará ofrenda al primoroso Niño Dios y lo besará. Otra vez retrocederá y dirá:) Pues ¡oh

mi Dios! ¡Oh Señor mío! Ciertamente, declaro también ante Ti que Tú eres el verdadero, el gran ministro de Dios; Tú, el verdadero sacerdote. De verdad, te dignarás cuidar del servicio que se hace a tu amado Padre Dios y Señor mío y ciertamente, de tu voluntad te dignarás hacer ofrenda de la Cruz, para que se aplaque tu amado Padre Dios. Pues ¡oh mi Rey! ¡oh mi Dios! El Que está junto, cerca de todas las cosas, Aquel por quien se vive, recibe con bondad mi espíritu, mi alma y mi vida.

MELCHOR

¡Oh mi amado y reverenciado Dios! ¡Oh Tú mi verdadero Varón! y ¡Dios muy verdadero!, cierto, con todo mi corazón creo en Ti, que hiciste, que te comediste a hacer el Cielo, la Tierra, lo que se ve y lo que no se ve; muy de verdad Tú tienes, en Ti está el señorío para que gobiernes y ampares al Mundo y todas tus criaturas, de verdad, tiempo ha que te esperamos, tiempo ha que por Ti andamos suspirando. Ciertamente, ya llegaste, ya te dignaste venir: tuvo a bien enviarte acá tu precioso Padre Dios, y ciertamente, sobre Ti vino el soplo y la palabra de tu reverenciado Padre Dios y, de verdad, cargarás ante todo un gran peso, y con él tomarás aún el cacaxtle, la carga. Pues así es, te fueron a empeñar tus antepasados, tus mayores: los Patriarcas, los Profetas, los Señores de Israel, los Príncipes, los que te fueron a comprometer: hiciste tu deber tocante a ellos, que habrán ido a saber allá días ha. De verdad, ante todo, te dignarás llevar, te servirás cargar tu Cruz: el instrumento de salvación. En tus espaldas lo pondrás y en el halda, en el regazo pone tu amado Padre su gobierno, su carga, los siervos y vasallos, para que todo se salve. Así es que se hace de rogar el Niño, se pone grave. Pues muy ciertamente, por un poco tiempo, Tú irás a poner en tu mano a tu pueblo que es Nuestra Madre la Santa Iglesia, y todavía Tú por un momento la podrás llevar en brazos, Tú la trillarás separando el grano de la paja. Vino sobre Ti el soplo, la palabra de tu amado Padre Dios, El Que está junto cerca de todos los seres: de verdad te señaló con el dedo o escogió, te sostuvo. ¿Por ventura te puedes apartar aún de la empresa? Ciertamente que ya no. Y ahora, ¡oh mi precioso Dios!, ¡oh mi Señor!, que sea por siempre alabado tu primoroso nombre. ¡Oh Tú, Señor mío!, realmente mucho he conseguido con tu honroso amor, y ¿qué cosa te restituiré por esto? De verdad, ante Ti me humillo, te adoro; te dedico del todo y te doy enteramente mi espíritu, mi alma y mi vida, y este oro recíbelo benignamente. ¡Oh Dios y Señor mío, dignate perdonarme! Amén.

(Besará al Niño y hará ofrenda. Ya nada dirá Melchor, y luego dirá Baltasar:)

BALTASAR

¡Oh noble Señor!, que guardas o conservas el Cielo y la Tierra, la Nobleza, el Señorío y que muy de verdad eres Dios. El Que está junto, cerca de todos los seres. Aquel por quien se vive. Pues de verdad, enteramente creo en Ti con todo mi espíritu, alma y vida y muy ciertamente, por causa de nosotros, Tú te dignaste dejar tu maravilloso reino y tu precioso asiento real y ahora, de verdad, por nosotros, te dignarás quedarte aquí en la Tierra para adoctrinar y por nosotros en una columna te atarán las manos, te azotarán tus enemigos los judíos y ciertamente, por nosotros, vergonzosamente te pondrán en Cruz con los brazos extendidos y te dignarás morir y, de verdad, solamente por causa de los moradores del mundo, pues así es, a tus criaturas, con tu muerte, las salvarás. Y ahora, en realidad, ¿qué cosa te daré, qué te vine a ofrecer? Ciertamente, nada solo todo lo que aquí está. Te

ofrezco el muy apreciado unguento amargo que se llama Mirra, y cuando en un sepulcro sea enterrado tu precioso cuerpo, de verdad con esto lo ungerán. Y ahora, ¡oh precioso Dios mío!, ¿qué cosa en realidad vinimos a ofrecerte? Solamente nuestro espíritu, nuestra alma y nuestra vida. Benignamente perdónanos, ¡oh mi amado y honrado Padre! (Besará al Niño como lo hicieron Gaspar y Melchor. Otra vez retrocederá y dirá:) Y tú, ¡oh preciosa y bendita Virgen!, que nunca llegó a Ti el principio del pecado (el pecado original) y que tu preciosa Gracia muy bien llena todo: allá, en lo interior del Cielo, y acá en todas partes del Mundo; que nunca concluirá, que jamás retrocederá tu dignidad gloriosa de Reina, ¿pues qué cosa, de verdad, te ofreceré, qué vinimos a darte realmente? Cierto, casi nada; tan solo todo nuestro espíritu, alma y vida. Que mucho me perdones, ¡oh preciosa Madre mía! De verdad vamos a partir ya. Que así se haga. Amén: Jesús, María y José.

(El ANGEL se dejará ver. Les dará órdenes a los tres Señores Reyes y dirá:)

ANGEL

Oh vosotros Señores! ¡Oh vosotros Reyes! Muy recomendable es lo que ponéis por obra con la preciosa y bendita Virgen y con su muy deslumbrante, precioso y único Hijo desde el tiempo que llegasteis: vinisteis a saludarlo, a darle ofrendas. Pues mucho ahora os ruego, que de verdad, ya no volváis por allá por donde vinisteis, que por otro camino volváis, para que no vayáis a caer en manos de Herodes, gran bellaco, que solo os engañó con lo que dijo: "También yo iré ciertamente, iré a venerarlo", pues lo cierto es que está muy enojado, que lo quiere sentenciar a muerte y la verdad es que luego, a esta hora, no ha de morir aún o no es tiempo de que muera, que todavía ha de salvar a los moradores del mundo. (Se acabó la Misa. El Angel llamará repetidas veces a voces a San José; le dará órdenes ty dirá:) ¡Oh José! ¡Oh José ! ¡Oh José! Haz que huya el precioso Niño Dios, que ya el perverso Herodes viene: de verdad lo anda buscando. Allá llévalo, a Egipto, al pie del gran palmar; allá escóndelo, para que no lo sentencien a muerte, que ya Herodes va a matar a todos los niños. ¡ Pronto!, corre, ¡oh Señor San José!